

Alfonso Reyes

HUEVOS FRITOS CON PATATAS

Sentido común en la vida cotidiana
y en la política

la esfera  de los libros

Índice

<i>Introducción</i>	11
1. El perro negro	17
2. La política	47
3. La transmisión de los valores	87
4. Mi padre	116
5. El baloncesto	145
6. Huevos fritos	207
7. Mi pasión por la lectura	218
8. La amistad	233
9. Meditaciones	239
<i>Glosario de epítetos</i>	257

Introducción

El sentido común. Así, de pronto, parece sencillo explicar a qué nos referimos, pero, una vez que empezamos a hacerlo, el asunto se complica porque la mayoría lo abordamos según nuestra experiencia personal, nuestro entorno y nuestra educación. Es una idea que nos evoca positividad y estamos de acuerdo en que, si todos lo tuviéramos, nos iría muy bien y nuestra sociedad sería mucho mejor. La cuestión es que cada cual lo dispone según su criterio, y si el de unos nos parece dentro de los márgenes de la coherencia el de otros está en las antípodas de lo que pensamos.

No creo que el sentido común sea, como alguien dijo, «el menos común de los sentidos», aunque muchos parece que no han tenido el gusto de conocerlo. No obstante, al ser tan personal y diverso, es difícil que nos pongamos de acuerdo incluso en saber en qué consisten sus preceptos. Sin em-

bargo, mi intención es demostrar que la mayoría compartimos gran parte de los conceptos que conforman el sentido común.

Si cedes el paso a una mujer, el asiento a un anciano o a una embarazada; si das las gracias y los buenos días regalando una sonrisa; si usas el genérico masculino y consideras que *ellos-ellas-ellos* es una moda pasajera fruto de la tontería que nos quieren imponer algunos políticos; si crees que la mentira no es un cambio de opinión, sino una falta de respeto y que no debemos acostumbrarnos a que sea moneda corriente; si te chirrían ejemplos del neolenguaje, como «holístico», «empoderar», «resiliencia», «sinergias», «implementar» o «topar»; si te alejas de los extremos que acaban tocándose; si no te gusta que los abusones se ensañen con el débil o con el país invadido; si no eres terraplanista, negacionista de pandemias y no dudas de que el hombre haya llegado a la Luna; si tienes claro que para dejar un mejor planeta a nuestros hijos tienes que empezar por ti; si no te crees mejor que nadie, pero piensas que nadie es mejor que tú sin que lo demuestre; si aprendes cada jornada de todo aquel que te pueda enseñar; si admiras al que triunfa en buena lid; si te levantas y das gracias a Dios o a quien te venga en gana por darte la oportunidad de disfrutar de un día más y por conceder salud a los que quieres; si no eres *hooligan* de ningún partido político; si para ti el fin no justifica los medios; si piensas que hasta el hombre más opaco emite resplandor; si tu palabra tiene el mismo valor que un contrato; si gozas con los pe-

queños detalles, con las cosas sencillas; si aprecias un simple amanecer o un ocaso; si te fías de los médicos, de la ciencia y no de los curanderos y chamanes; si no confías en los que te quieren vender la burra, en los que prometen duros a pesetas; si no te dejas engañar por cortinas de humo; si añoras tu niñez y recuerdas cada día a los que te faltan; si te alegras más de los logros de tus hermanos o amigos que de los tuyos; si no crees que todos los hombres son violadores en potencia; si cuando tienes un mal día sabes que mañana tendrá que ser mejor; si tienes algún TOC; si te va muy bien que, de vez en cuando, alguien o algo te ponga los pies en el suelo; si, para ti, el sentido del humor aminora las diferencias; si crees en la igualdad de oportunidades y en que el esfuerzo y la capacidad de cada uno marcarán en gran medida su futuro; si te parece bien que se ocupen los puestos de responsabilidad en función de la valía y preparación sin tener en cuenta otras consideraciones; si te repatea que los mediocres y malintencionados gestionen tu vida; si te da igual la religión, el sexo o la edad con tal de que sean buena gente; si te arrepientes y pides perdón cuando fallas; si te ofuscas de vez en cuando, pero entiendes que otros pueden tener razón; si no quieres perder nunca el norte; si comprendes que por mucho que te esfuerces no siempre vas a alcanzar tus sueños y si haces que esos sueños sean factibles porque no son utópicos y se pueden conseguir con trabajo y talento; si no soportas a la mala gente y te emocionan los buenos actos; si a veces eres terco, aunque puedes cambiar de ideas si te con-

vencen con razones; si te apasiona la lectura; si no te van los artificios ni la vanagloria; si tienes el puño de hierro pero no la mandíbula de cristal; si posees un toque de vanidad; si no te han regalado nada, pero das las gracias a todo aquel que te ha ayudado; si para ti no es el *quién*, sino el *qué*; si no categorizas a las personas, sino a los personajes; si tienes claro que la presunción de inocencia y la independencia judicial son imprescindibles en un Estado de derecho; si no te fijas en el color de piel, sino en los actos de tus semejantes.

Si compartimos gran parte de estos supuestos, y estoy convencido de que los que se sumerjan en este libro y muchos más lo hacen, resultará que el sentido común está mucho más extendido de lo que parece.

Muchas veces nos preguntamos en el día a día cómo es posible que tengamos razón, que nuestro camino sea el correcto si la sociedad actual nos induce a cambiar drásticamente de dirección. Podría parecer que la gran mayoría estamos equivocados, que el pensamiento trasnochado, machista, heteropatriarcal e insolidario ha calado en nosotros. El entorno mediático y muchos políticos nos exigen una transformación radical y, sin embargo, nos resistimos a ello porque, en el fondo, estamos convencidos de que vamos por la buena senda. El tener criterio propio y no seguir la dirección marcada por los que pretenden imponerla tienen su precio. Pero merece la pena pagarlo, es gratificante no deber nada a nadie y ser libre para opinar lo que se quiera. En un momento en el que nos quieren marcar el camino que re-

corre la mayoría, es imprescindible seguir el rumbo sin desviarse y sin tener miedo a equivocarnos. Y si lo hacemos, rectificar para continuar firmes en la ruta. Siempre con respeto y con sentido del humor, al menos es lo que yo he intentado siempre.

En este libro os hablaré de mi experiencia personal, de valores, de sentido común, de amistad, de familia, de aficiones y de muchos más asuntos. Espero que os guste. Mi única intención es haceros pasar un buen rato a la vez que me divierto escribiendo, algo tan serio y que respeto tanto.

No soy escritor ni pretendo serlo. Sería un sueño llegar a ser como uno de los autores con los que he pasado miles de horas disfrutando de las creaciones de su imaginación y de su sabiduría. Quizá en otra vida —aunque no creo en la reencarnación—. Mientras tanto, espero que paséis tan buenos momentos como los que yo he pasado escribiendo estas páginas. Ha merecido la pena el esfuerzo.

EL PERRO NEGRO

Ya está el COVID en casa

Todo empezó el viernes 13 de marzo de 2020. Una fecha que ha quedado grabada a fuego en mi memoria. El miércoles anterior, ante el aumento de contagios por el COVID-19, ya se habían cerrado las escuelas y universidades en la Comunidad de Madrid, adelantándose al confinamiento del resto de España, que iba a comenzar a las doce de la noche del sábado 14 de marzo.

No me rijo por la superstición del norte de Europa que considera que el viernes 13 es un día de mala suerte. Pero la verdad es que, si en lugar de un viernes hubiera sido un martes, mi sexto sentido hispánico habría acabado atando cabos. Es esa sensación que te dice que todo lo frito en aceite de oliva virgen extra es saludable, que el sol es vida, que te

recuerda que una pequeña siesta es imprescindible, que en invierno hay que comer buenos guisos y en verano sabrosos gazpachos o la que, cuando estás en el extranjero, te provoca morriña, te hace añorar el bullicio y te susurra al oído que, después de todo, los bares y restaurantes de aquellos lares son demasiado silenciosos.

Nadie imaginaba lo que estaba a punto de pasar, la tragedia que nos aguardaba. El sufrimiento que vendría sin esperarlo. Al menos entre los ciudadanos de a pie. En cuanto a las altas esferas, podemos elucubrar que había suficiente intercambio de información sensible entre los países del mismo entorno como para que se tuviera una idea de lo que estaba por venir. Cómo se gestionó la información y se fue suministrando a la opinión pública en los primeros compases de la epidemia puede y debe ser motivo de discusión. Aunque ya sabemos que el agua pasada no mueve molinos.

He de confesar que, cuando los medios de comunicación comenzaron a informar de la proliferación de casos en el Lejano Oriente, me mostré bastante escéptico, incluso sarcástico, ante la posibilidad de que el virus pudiera acabar afectándonos. Me imaginé que estábamos ante otra alerta apocalíptica que no llevaba a ninguna parte, como había sucedido con la gripe aviar, la gripe A, el zika o el ébola. Todos estos brotes epidémicos provocaron mucha alarma y temor para luego quedarse prácticamente en nada. Mucho ruido y pocas nueces. ¡Ay, aquel pobre perro, de nombre Excalibur, que acabó sacrificado por decisión de la

Comunidad de Madrid, y todo el circo que se montó alrededor! Por cierto, que aquel brote de ébola de 2014 tuvo un actor secundario encargado de informar sobre el virus y que volvería tristemente a aparecer, ahora con papel protagonista, con motivo de la pandemia del COVID —sí, «el COVID», a mí eso de «la COVID» me chirría bastante, cosas mías—.

Además, en el caso del nuevo anuncio de infección global, fiarse de las informaciones difundidas por la mayor dictadura del mundo no era muy aconsejable. La gente de a pie escuchábamos y veíamos las noticias en las que se nos decía, a diferencia de las anteriores fallidas pandemias, que no había que preocuparse demasiado. Si a esto le sumamos los comentarios del licenciado que se coló sin permiso en nuestra vida como heraldo de la tragedia: «España no va a tener, como mucho, más allá de algún caso diagnosticado...», muchos llegamos a la conclusión de que sería un episodio más en la serie de epidemias «frustradas» con las que nos habían sobresaltado los últimos años. Hoy sabemos, a tenor de lo que sucedió después, que no teníamos la menor idea de a qué nos enfrentábamos.

Más adelante, al conocer que en Italia el virus había provocado los primeros contagios, la situación cambió radicalmente. Cuando se diagnosticaron allí los primeros casos, el aviso ya era mucho más serio. Ya no eran noticias sin garantía de veracidad llegadas de un país sin libertad informativa, ahora lo teníamos muy cerca, a la vuelta de la esquina. Inclu-

so así, muchos seguían afirmando que no había que alarmarse innecesariamente. Estaba el 8 de marzo a la vuelta de la esquina y, según nos repetía alguna ministra, «nos iba la vida en ello». Desde luego que sí. Además, si el inefable no ponía reparos a que sus hijos asistieran a las manifestaciones, ¿quiénes éramos nosotros para cuestionar la gubernamental sugerencia de seguir haciendo una vida normal?

La última gran pandemia mundial, la mal llamada «gripe española», quedaba demasiado lejos en el tiempo como para pensar que todos los avances médicos desde 1918 nos mantendrían a salvo de cualquier enfermedad global. Sin embargo, lo que vino después fue mucho peor de lo que pensábamos. Pero también era imposible imaginar hace veinticinco años que un grupo de terroristas secuestrara unos aviones comerciales y los estrellara contra las Torres Gemelas y el Pentágono. En un mundo donde dábamos por sentado que atacar a la mayor potencia mundial era imposible, esos acontecimientos nos mostraron lo frágiles que somos.

Yo no era de los que pillan la gripe o cualquier otro tipo de virus a la ligera. Tras unos vespertinos escalofríos, que me anunciaban su incómoda presencia, ya sabía que una noche de temblores y sudores bastarían para que a la mañana siguiente me levantara totalmente recuperado. A veces pasaban años antes de que volviera a enfermar de alguno de estos virus.

Lo cierto es que llevaba unos cuantos días con una tos muy molesta y persistente. Lo achaqué a episodios anterior-

res en los que había padecido los mismos síntomas debido a mi alergia, pero que no iban más allá. La Navidad anterior ya había tenido un episodio de temblores, pero seguí el proceso habitual de tarde-noche de tembleques-sudores y despertar restablecido, y no le di mayor importancia. Quién sabe si ese no fue un primer intento del COVID y si, al no poder arraigar en mi apetitoso organismo, no volvió a intentarlo un par de meses y pico después, esta vez ya con rotundo éxito.

Cuando empecé a temblar la tarde de ese fatídico viernes 13, le dije a mi mujer, con tono jocoso e inconsciente, que el COVID ya había llegado a casa. No sé cómo pude hacer chanza de la situación, sería que no quería creer realmente lo que me podía pasar. Parguela de mí, como dirían en mi querida Málaga, la cruda realidad que viví los siguientes treinta y cuatro días me borraría esa sonrisa de la cara.

La primera noche fue como en los anteriores inicios de mis procesos víricos. Unos escalofríos con esa sensación tan desagradable en la que todo tu cuerpo se estremece sin que puedas evitarlo. La tos también acompañaba. Lo peor llegó al día siguiente. Me puse el termómetro y comprobé que tenía fiebre. Al comienzo no era muy alta: 37,5-38 °C, pero, como bien sabéis, especialmente las féminas, un hombre que padece semejante cuadro febril es como si sufriera un cataclismo, es asomarse al borde del abismo. Luego decís que somos unos quejicas...

En aislamiento descubro el poder del tuitter

Mi mujer y yo decidimos que debía aislarme, que no podía arriesgarme a contagiar al resto de mi familia, si todavía no lo estaban, y de repente me quedé solo. Bueno, no tanto. Junto a la persistente tos y la febrícula que tornaba en fiebre, apareció en escena un siniestro personaje al que denominé el «perro negro». Se dice que es una expresión que acuñó Winston Churchill —persona por la que siento una especial admiración y que volverá a aparecer por estas páginas— para describir sus etapas de profunda depresión. A pesar de que me viene muy bien asociarla a tan gran personaje, parece ser que Churchill no es su autor. Ocurre como con aquella anécdota tan conocida en la que en una recepción a la que llegó con una copa de más una de las invitadas con las que empezó a conversar le espetó: «Winston, está usted borracho». A lo que él respondió: «Querida señora, yo estaré bebido, pero usted es muy fea. Sin embargo, por la mañana yo ya estaré sobrio y usted seguirá siendo fea». Puede que sean apócrifas, pero las dos anécdotas concuerdan con el ácido sentido del humor de Churchill. Como dice la locución italiana, *se non è vero, è ben trovato*.

En mi caso, con la denominación de «perro negro» quería poner cara y dar entidad al tremendo dolor de cabeza que me acompañó durante demasiadas jornadas. La sensación era la de sufrir continuamente, noche y día, la peor resaca de mi

vida. Era como si tu cerebro se pusiera a centrifugar a mil revoluciones por minuto sin poder pulsar el botón de emergencia para pararlo. Ideas y pensamientos fijos que no podías apartar de la cabeza y que, junto a sus inseparables compañeras, la tos y la fiebre, impedían que pudiera conciliar el sueño por las noches. Era como una nebulosa que no me dejaba razonar ni poner en orden mis pensamientos.

A partir del día siguiente, cuando anuncié en esa plataforma que me había enganchado el «bicho», Twitter, o X —en adelante, tuit—, empezó a ser mi refugio. Estar aislado en una habitación y sin poder hacer lo que más me gusta en mi tiempo libre, que es leer, propició el desahogo de mis penas y el relato de mis desdichas en los pocos caracteres que permitía el pajarito azul y cuando algo de lucidez venía a visitarme a escondidas del virus. Hasta entonces no era consciente del poder que pueden tener las redes sociales, para lo bueno y para lo malo. En ese momento, mis seguidores se contaban por un puñado de miles y jamás imaginé el bien que me haría la conexión con los tuiteros. Inicié un diario en el que iba contando la evolución de mi enfermedad paso a paso. También acusé sin pruebas al pobre de mi hermano Felipe por el contagio. La semana anterior había viajado a Italia para jugar un partido y a la vuelta uno de sus compañeros dio positivo. Posteriormente he intentado averiguar cómo pudo producirse realmente mi contagio y, aunque tengo varias hipótesis, no he podido verificar ninguna de ellas.

El trío perforasosos

Estos tres enemigos, la tos, la fiebre y el perro negro, me concedían un periodo de tregua de un par de horas alrededor del mediodía en las que podía descansar y echar una cabezadita. Cuando empezaba a confiar en que la situación estaba mejorando, volvía con más fuerza aquel trío perforasosos a destruir mis esperanzas.

Decidí, por tanto, oponer a estos formidables adversarios un juego que, sin ningún tipo de fundamento científico-sanitario, me sirvió bastante. No creo que me ayudara con la recuperación física, ahí debía confiar plenamente en la respuesta de mi sistema inmunitario, pero sí con la mental. Pensaba en mis defensas como ejércitos que luchaban contra el COVID invasor y, debido a mi afición por la historia bélica, me imaginaba dirigiéndolas como un gran capitán. Necesitaba personalizar al enemigo, poner rostro a un ser microscópico para poder combatirlo mejor. Enviaba contra las huestes invasoras a tropas imaginarias al mando del Cid, del general Castaños, de Reding, de Blas de Lezo, de D. Álvaro de Bazán, o de mi paisano, el Gran Capitán. Lo más granado de entre nuestros héroes militares para luchar contra un oponente formidable. Tonterías que se hacen cuando te ves hecho una piltrafa y te agarras a cualquier distracción que te permita olvidar por un momento el mal trago que estás pasando. No obstante, estoy seguro de que esa puerilidad fue de gran ayuda de una u otra forma.

Pasaban una tras otra las terribles noches y no notaba mejoría. En cuanto caía el sol, los demonios volvían a rondar por mi habitación y allí estaba yo, solo ante el peligro. Llegó un punto en que no sabía si iba a ser capaz de resistir la presión a la que estaba sometido mi organismo. Sentías de manera inexorable cómo el virus iba colonizando tu cuerpo y no podías hacer nada. Imaginar un ente tangible también me ayudó a luchar contra él, así nació el «hideputa». Como apasionado de la lectura y lógicamente del Quijote, no pude encontrar mejor apelativo para lo que me estaba destrozando, zahiriéndome, como diría el buen hidalgo. Hubo confusiones en tuitter cuando algunos seguidores pensaron que con el sobrenombre me refería a alguna persona en particular. Nada más lejos de la realidad, sobre todo porque, en ese caso, habría muchos a los que les hubiera sentado estupidamente el apelativo cervantino.

El paracetamol y el ibuprofeno, el tratamiento prescrito en esos primeros días, eran frágiles e insuficientes armas para luchar contra tremendo enemigo. Me figuraba que después de ingerir las correspondientes pastillas disfrutaría, al menos por un momento, de un oasis de serenidad y sosiego. Iluso de mí, al trío infernal no le gustaba soltar a la presa, salvo en contados descuidos.

Cuando por fin podía dormir algo rayando el alba y despertaba, el cuerpo me gritaba como si hubiera sido arrollado por una estampida, primero de ñus y posteriormente, a medida que se sucedían las jornadas de suplicio, de búfalos y elefantes.

La perspectiva de un día completo con los mismos síntomas me hundía y daba fuerzas al perro negro, que hincaba sus colmillos con tanta furia que me despanzurraba. Si alguna vez me daba respiro, me soltaba completamente exhausto.

La rutina confinada

Gracias al cuidado de los míos, especialmente al de mi ángel de la guarda con nombre y el carácter de una persona buena, no me sentí completamente desamparado durante esas terribles jornadas. Al principio, manteniendo el apetito y con firme disposición de ánimo. A medida que iban pasando los días, el hambre también me dejó y partió para no volver hasta mucho después. La ducha era un suplicio, un trabajo que en aquel momento me parecía sobrehumano. Únicamente por el hecho de no dejarme vencer por la pereza que inoculaba el bicho hacía un ímprobo esfuerzo por mantener la higiene. Levantarme de la cama era una tarea propia de Odiseo, prácticamente rodaba hasta el borde y ahí hacía lo que podía por incorporarme, alguna vez hasta dejándome caer al suelo con gran impotencia. Llegar a la ducha era un esfuerzo descomunal. Incluso el secarme requería un empeño colosal. Los pocos pasos de vuelta hasta la cama eran a cámara lenta y solía tomármelo con humor intentando batir mi récord del día anterior. Volver a tumbarme era un logro y un alivio infinito.

Todo este sufrimiento y falta de apetito se tradujo en una pérdida de diez kilos durante la primera etapa de confinamiento que se mantuvo durante la convalecencia. La lástima es que tal como se fueron volvieron a los pocos días de mi recuperación definitiva para descontento de mi mujer. La vuelta al disfrute gastronómico de todo aquello de lo que el COVID me había privado tuvo sus calóricas consecuencias. Pero que me quiten lo *bailao*, cómo lo gocé.

Mientras España vivía su confinamiento, yo padecía el mío. La soledad que muchas veces busco para poder dedicarme al mayor vicio que tengo, la lectura, era un nuevo tipo de ausencia de contacto no elegida, impuesta por las circunstancias. Si a ello le unimos que el tridente infernal —tos, fiebre, perro negro— me pinchaba continuamente, tuve que darme por vencido y apartar hasta nueva orden mis queridos y preciados libros. Era incapaz de concentrarme, de leer más de una página; el sabueso oscuro lanzaba sus rabiosas dentelladas y no había manera de quitárselo de encima.

Al caer la noche me invadía una sensación de vulnerabilidad y fragilidad como nunca había experimentado. No recordaba la última vez que había llorado, seguramente recordando a mi padre una de tantas veces, de tantos días. En esas veladas en soledad, escapaban de mis ojos torrentes de lágrimas como nunca habían brotado antes. No por mi situación particular, yo estaba bien, como diría aquel, sino por la de tantos miles de enfermos que a pesar de luchar hasta el final no pudieron resistir y acabaron sucumbiendo al fatídico

virus. Sabía de muchos casos cercanos que se habían ido en un santiamén, sin poder despedirse, sin la compañía ni el consuelo de sus seres queridos. No debe de haber un mayor dolor añadido a la pérdida que se sufre cuando fallece un familiar que no poder despedirte de él. Lo sé por propia experiencia.

Viendo en la tele los primeros compases de la evolución de la pandemia, descubrimos a un señor bastante desaliñado que nos decía que no había que darle mucha importancia al COVID porque como mucho habría algún que otro caso aislado. También aparecía el ministro de Sanidad con aspecto de sepulturero de *spaghetti western* y voz susurrante, otro de tantos cuya formación no tenía nada que ver con el desempeño de su ministerio. Parece increíble que la gran mayoría de ministros no tengan relación profesional con las actividades que deben desarrollar. Ha habido casos en los que ni siquiera tenían ocupación conocida fuera de la política antes de ser elegidos para hacerse cargo de su cartera ministerial. Su *cursus honorum* ha transcurrido únicamente en la política, no se les conoce vida laboral fuera de ella. Mi sentido común me dice que, aunque los altos cargos se rodeen de un gran equipo, siempre es mejor haber trabajado en un campo relacionado con su cartera, conocer la materia para la que les han ofrecido un puesto de tamaña responsabilidad y mayor presupuesto. Pero, claro, iluso de mí, no llego a comprender que la política y la lógica casi nunca maridan.

Pasaban los días en esa monotonía infernal. No todo es negativo, empiezas a experimentar la relatividad de Einstein con más fuerza que nunca. Pocas veces tienes la oportunidad de llevar a la práctica y confirmar una de las mayores teorías de la ciencia. Quien no se consuela es porque no quiere. Las horas de aislamiento no son como las de un día normal. Se hacían interminables. Si a esto le añades la centrifugadora intracraneal, mi desesperación no tenía consuelo ni se vislumbraba el final de la enfermedad.

Como Dante al inicio de su *Divina Comedia*, me encontraba en medio del camino de la vida perdido en una selva oscura. Comencé a enumerar los días de lucha contra el bicho como si de un Edmundo Dantés dibujando las marcas diarias en la pared de su celda en el castillo de If se tratara. No tenía su afán de venganza, pero a algunos que veía por la tele se les estaba poniendo cara de Danglars, Villefort y Fernando Mondego.

De nuevo el sentido común, ese gran aliado, me decía que las mascarillas eran imprescindibles para mitigar la propagación del virus o que ir a una manifestación infestada de personas no era la mejor manera de controlar la infección. Que quitar importancia al virus no era la estrategia adecuada, que anunciar cientos de miles de millones en hipotéticas ayudas que no se materializarían era como un canto al sol. Que si alguien vivía aislado no era lo mismo que si lo hacía en compañía y que, por tanto, las medidas de confinamiento debían ser diferentes. Que no podía ser que nos dijeran que

la curva pandémica se doblaba cada día y, sin embargo, no paraban de morir más y más personas jornada tras jornada. Que el presunto comité de expertos que se había creado para coordinar la lucha contra la pandemia era una mentira más, destinada a los más inquebrantables acólitos. Que no íbamos a salir más fuertes por mucho que nos bombardeasen con semejante eslogan estúpido y vacío. Lo que pasó, como desgraciadamente preveíamos, es que íbamos a salir muchos menos, después de que hubiera miles y miles de caídos por el maldito bicho. Que a la cara visible de la gestión de la pandemia le gustara el surf no era ningún problema, pero sí lo era que se escapara a Portugal durante el confinamiento a surcar las olas en su tabla encerada mientras sus compatriotas estaban obligados a permanecer reclusos en sus domicilios. Tampoco era compatible con mi sentido común que los gestores de la crisis salieran repetidas veces en las ruedas de prensa sin un mínimo atisbo de empatía mientras nos desinformaban con la desfachatez y alguna que otra sonrisilla ocasional.

Seguidores y amigos: un consuelo para el sufrimiento

Las muestras de apoyo y cariño que recibí por parte de tantos seguidores de mi cuenta de tuiters compensaban en gran medida el sufrimiento de aquellos días de infausto recuerdo.

Gracias a todos esos mensajes, mi vida durante la convalecencia fue mucho mejor de lo que habría sido sin el aliento de tantos anónimos, conocidos y amigos que me deseaban una pronta recuperación.

Mi proceso vírico, descrito pormenorizadamente, ayudaba a quienes empezaban a recorrer el mismo tortuoso camino; así me lo confiaban en sus mensajes. Me daban las gracias por el relato de mis penurias, y muchos comentaban que comenzaban a adentrarse en las fases previas de la enfermedad que yo ya había narrado. Poder leer los síntomas que estaban experimentando, por los que yo ya había transitado, les ayudaba bastante.

Nos dábamos ánimos mutuamente: otros me jaleaban, me empujaban, me daban aliento. Así fueron pasando los días con mucha mejor disposición. Saber que hay mucha gente que se preocupa sinceramente por ti —amigos, familiares y desconocidos tuiteros— es una enorme motivación, y gracias a todos ellos no caí en la más profunda desolación. Nunca lo agradeceré lo suficiente.

No solo tuiters fue fuente de ánimo y apoyo; multitud de prensa, alguna televisión y varias radios se preocupaban por mi estado de salud. Especialmente emotiva fue la llamada de José Ramón de la Morena una de las noches de convalecencia doméstica previas a mi ingreso hospitalario. No pude contener las lágrimas una vez más, la emoción que me transmitieron sus palabras y el recuerdo de todas las personas que sucumbían al COVID me derrumbaron.

Ingentes cantidades de *wasaps* de amigos y conocidos me daban un empujón cada día. Las llamadas suponían un gran esfuerzo, por lo que agradecía el intercambio tecleado. Mi voz cambió radicalmente incluso de tono, tenía mucho menos fuelle, sonaba apagada y mucho más débil. El deterioro de la condición física provocado por el bicho era muy severo. No había experimentado nada parecido en toda mi vida.

Es curioso que, a diferencia de los síntomas generales, no llegué a perder en ningún momento ni el olfato ni el gusto. El segundo no me sirvió de mucho los primeros días porque las ganas de comer fueron desapareciendo poco a poco, pero fue un alivio que, cuando ya recuperé el apetito, pudiera volver a disfrutar de cualquier alimento, por sencillo que fuera. De hecho, la estancia en el hospital me permitió apreciar como nunca lo que la mayoría odiáis de estos centros: su maravilloso menú. Era llegar la fría bandeja compartimentada y empezar a salivar. Esta era otra consecuencia de los estragos del virus.

Lo que seguía llevando peor era no ser capaz de concentrarme para leer. El tiempo se pasa volando cuando disfruto de una buena lectura, pero ante la imposibilidad de hacerlo y con todo el malestar que conllevaba el bicho los días se hacían interminables. Seguía viendo por la tele al ínclito, unas veces atragantándose con almendras y otras como si la calamitosa situación no fuera tan horripilante.